

guerra con mi solapada enemiga Venecia; no vale una sultana mora una sola gota de sangre de mis vasallos; llévatela cuando quieras; yo te daré para que te la entreguen una orden mia, escrita y firmada de mi mano, y refrendada por mis secretarios; llévatela en buen hora.

—Ella no querrá apartarse de los lugares donde está preso el rey don Sebastian; no querrá estar libre mientras su esposo esté en prisiones. Además de esto, puede ayudar mejor que otra persona alguna á los jueces, si es que tú te propones juzgar en justicia al rey don Sebastian. Por lo mismo, que la cárcel sea para ella un lugar de retiro y de custodia; que se la trate y se la respete como á quien es, y que se me entregue cuando esté concluido el proceso del rey don Sebastian, favorable ó adversamente.

—Bien, respondió el rey don Felipe; esa mujer será inviolable; por una miserable cuestion de soberbia no quiero una guerra, que sobre las que tengo, affigiria demasiado mis vasallos, y si la inviolabilidad de esa mujer ha de tener desarmados á los viles corsarios de Trípoli y de Túnez, sea en buen hora inviolable; pues ya has dicho cuanto tenias que decirme, véte.

—Un momento: llega un dia en que Dios toca al coloso con cabeza de oro, cuerpo de hierro y piés de barro; llega un dia en que Dios demuestra á los poderosos de la tierra, que para él todos los hombres son iguales; y en ese dia tremendo, el espectro de su conciencia se levanta delante del rey moribundo, y convierte su agonía en un infierno, mostrándole las cabezas lividas de sus

víctimas; ¿para qué es la venganza de los hombres, si existe la inevitable venganza de Dios!

—Dios tiene en su mano el corazon de los reyes, y á Dios responderé del bien ó del mal que haya hecho sobre la tierra. Véte.

—Adios, rey don Felipe; Venecia te saluda.

Y Aben-Shariar salió en paso lento, grave y altivo de la cámara.

IX.

¡Dios, Venecia, ese hombre, el otro, la guerra amenazándome por todas partes; cada dia más tirantes, más duras las riendas del gobierno! ¡Venecia, la miserable, la impura, la prostituta Venecia! ¡Venecia, república de mercaderes, que todo lo posponen, religion, honor, dignidad, á la vil ganancia! ¡Venecia que ampara á los piratas, y los ennoblece, y los pone sobre su cabeza, y los envia insolentes y soberbios á un rey cristiano! ¡Y yo, yo, he podido sufrir... Venecia cubre la mar de naves; una guerra con Venecia me quitaria el Milanesado, y pondria en peligro mi reino de Nápoles; la grandeza, el dominio, tienen su precio; los que envidian á los reyes son unos insensatos... Y ese hombre, ese perro infiel, ha levantado frente á mí su cabeza, se ha atrevido á mí, y yo no le he hecho pedazos... Y es que mi poder se quebranta dividido en una y otra parte... Guerra aquí, guerra allá, guerra al otro lado de los mares, guerra contra el mundo entero... ¡Y los ingleses se me rien escondidos entre sus rocas, y la indomable Flandes man-

tiene contra mí una eterna guerra, y Enrique... el hugonote, el falso convertido me acecha, y Portugal muerde rebramando su cadena, y el Africa duerme frente á mí tranquila... Y aquí, en el corazon de mi España, un hombre misterioso, un hombre que hace temblar á mis jueces, se levanta delante de mí pidiéndome el trono de Portugal... ¡No! ¡No por Dios vivo! ¡Portugal no! Antes que perder un solo pedazo de Portugal, perderia el corazon. ¡Ah! ¡Ah! Y no es tan fácil arrancar el corazon al rey don Felipe. Pues bien; que se cumpla la voluntad de Dios; que mientras Dios me ayude, no ha de entrar en mi corazon el miedo, ni en mi pensamiento la duda. ¡Santoyo!

X.

Poco despues apareció el ayuda de cámara del rey. Santoyo vió, por las señales que quedaban en el rostro del rey, que por él habia pasado una récia tormenta; pero prudente siempre, no dió muestras ni aún de haberlo notado.

—Que preparen al momento las postas, Sebastian; quiero marchar esta misma tarde.

—¿Y á dónde, señor?

A Medina del Campo.

Despues de esto, el rey volvió la espalda á Santoyo, y salió de la cámara por una puertecilla.

CAPITULO XXII.

De cómo Gabriel de Espinosa tuvo una larga y misteriosa conversacion con un desconocido.

I.

Treinta horas despues de la partida del rey, es decir, á la media noche del siguiente dia, don Rodrigo de Santillana, que reposaba como podia, física y moralmente en su posada, en la inmensa villa de Medina del Campo, sintió que llamaban á grandes golpes á la puerta de la calle.

Como los sobresaltos no cesaban para Santillana, desde que habia empezado el terrible proceso de Gabriel de Espinosa, á los primeros golpes empezó á vestirse apresuradamente, y poco despues llamaron á la puerta de su cuarto.

Abrióla Santillana, y se presentó Tribaldos, que le dijo entregándole un pliego:

—Del rey nuestro señor.